

EL BIEN PÚBLICO

DIARIO DE LA MAÑANA

ESTE DIARIO

SE PUBLICA

POR SU TIPOGRAFIA A VAPOR

Calle del Cerrito 84

REDACCION Y ADMINISTRACION, CERRITO 84

DIRECTOR—JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

AVISOS Y SOLICITACIONES HASTA LAS 6 DE LA TARDE

SUSCRICION

Por un mes \$ 1 50
Un número del día 0 10
Un número atrasado 0 20

Almanaque

Miércoles 18 Santos Simón, Eliado y Claudio.—*Tempora.*

Efemerides

1829.—En la fortaleza del Callao son ocupados por los españoles.
El molinero de Torregalea, (5. Febrero) como le dijimos en su aniversario, concluyó levantando en las fortalezas del Callao la bandera española, lo que comunicó a Castelar, situado entonces en Jujuy, tomó posesión de ellas en nombre del rey de España el 18 de Febrero de 1824.
La rabia y descomposición de Bolívar no conocieron límites cuando tuvo noticia de este y otros sucesos anteriores. Acusó a Torregalea de torpeza en la dirección de los negocios públicos y hasta de connivencia con los españoles, y pidió al Congreso que lo destituyera de la presidencia del Estado. El efecto, envió a Lima al general Venech, con órdenes de apresarse a Torregalea y sus consejeros por el delito de traición y de tomar el mando de la capital. El Congreso ordenó a las "comisiones del Libertador" destituyó a Torregalea, abolió la Constitución, revistió a Bolívar de la suma del poder público y acabó por disolverse. Torregalea, temiendo ser fusilado por el delito que se le imputaba, y no teniendo dónde ocultarse para salvarse de la mala de sus perseguidores, se entregó a los rebeldes del Callao, y fue retenido allí como prisionero de guerra.
1553.—Asesinato del Duque de Guisa.
1864.—Batalla de Monterrey.

EL BIEN PÚBLICO

MONTEVIDEO, FEBRERO 18 DE 1880

Libertad de imprenta

Varios de nuestros colegas han debatido últimamente la curiosa cuestión de «si los periodistas extranjeros tienen los mismos derechos a la libre manifestación de sus ideas que los nacionales», a propósito de la novísima teoría de *La Nación* que la resuelve de plano y negativamente.
Fundase el colega en que como los escritores extranjeros no tienen los deberes políticos de los nacionales, deben estar privados de los derechos que les son correlativos.
Salta a la vista que semejante teoría no puede ser mas ajena a la prescripción de las leyes, tanto a las que específicamente rigen la libertad de imprenta, como a las que reglamentan ó mas bien garantizan ésta y las demás libertades de la *Nación* desde el punto de vista constitucional.

En efecto, la mas violenta interpretación de las leyes no sería parte aun para poder torcerlas de tal modo, que ella pudiera conciliarse con la mente de las leyes.
Es esto tan obvio, que estamos tan seguros de que no lo negaría el colega, como de que nosotros consideramos ocioso disertar largamente a su respecto.
Damos pues de mano, por lo tanto, a la legalidad de las doctrinas del colega, por que no entra su examen en nuestro propósito.

Pero si nos permitiremos sostener que ellas son un agravio a la libertad, y un agravio peligroso, pues después de tal restricción del sacerdocio de la prensa, pudiera venir otra. Y todos los que a la prensa pertenecen deben protestar contra ella.
La libertad de la prensa es la garantía mas sólida de las instituciones libres. El grado de su cultura y el respeto que merece, pueden ser la medida mas exacta del grado a que alcanza la civilización de un pueblo. Qué necesidad de estudio comparativo necesitarían, por ejemplo, dos países de los que en el uno flameaba a todo viento la bandera de libertad tan preciosa, mientras en el otro se la engrillaba y escarnecía? Ninguno, como no habría menester ninguno para comprender que el primero tenía pleno derecho de tomar asiento en el próspero festín del progreso político y el otro, el deber de quedarse a su puerta. Por que qué otra cosa son los escritores públicos sino los apóstoles del progreso, los abogados que defienden las prerrogativas de la razón?

Bajo los Gobiernos regulares gozan ellos de la mas amplia independencia, como bajo los Gobiernos despoticos tienen la mordaza en la boca y la inteligencia en estado de sitio, cuando son ellos los que han derramado siempre la luz de la civilización, aproximando a los pueblos al dogma providencial de su perfectibilidad.
Y ya que entre nosotros nada hace el poder, para restringir la libertad que nos ocupa, ¿a que anticiparse a sostener doctrinas que no son sino el camino a esa restricción?
Es pues un deber de nuestra parte el protestar contra ella, sintiendo no estar esta vez de acuerdo con nuestro refutador colega.

Revista de la Prensa

El Siglo considera que es digno de aplauso y alabanza el giro que ha sabido imprimir a los acontecimientos políticos el noble desprendimiento del Dr. Tejedor, renunciando a su candidatura, hecho que estima como un rasgo que enaltece el patriotismo argentino. Piensa que después que llegaron las cosas al grado de armarse los partidos para intervenir cada uno de ellos en las elecciones, el espíritu conciliador del Gobernador de Buenos Aires, obliga al general Roca a deponer sus ambiciones, no pena de ser un candidato impuesto por la fuerza.

Contesta *La Nación* a *A Patria* asegurando que no le ha sido necesario consultar con los del Gobierno para escribir en defensa de éste, pues aunque es diario gubernista, no se cuida de averi-

guar cómo piensan individualmente en el personal gubernativo.

—Sorpréndese de que el Redactor de *El Siglo*, sostenga el principio de intervención diplomática por todo acto de hostilidad ó en que resulte damnificado un extranjero. Dice que éste tiene franquicias de las puertas de la justicia y que solo en caso de serle denegada, está en el derecho de recurrir a su representante. Si un extranjero, añade, es arbitrariamente maltratado ó aprehendido por un Jefe Político, le corresponde reclamar del Ministerio respectivo contra tal procedimiento; y si los actos de que se queja dicho extranjero emanan del Gobierno, pueda éste demandarlo en juicio puesto que el Estado es persona jurídica.

La intervención diplomática sin cumplir estos requisitos prescritos por una constitución que la denomina libérrima, sería para *La Nación* algo parecido a los consules que se envían a las escalas de Levante, invistiéndoles de amplios poderes y de jurisdicción civil y criminal.

Tampoco cree[que estamos en los tiempos de Rosas ni de Orlé que odiaban entrañablemente al extranjero

—Reflexiona sobre quienes son los que componen los partidos de oposición y dice entre otras cosas:

«Si, esa gente menuda la distinguireis al momento de tropezar con ella, en cualquier parte que sea.
«Es la misma en todas las circunstancias.

«No hay lugar a equivocaciones.
«Pero ¿queréis estudiar ahora la parte moral de esa gente?

«Acercaros a un grupo.

«Escuchad lo que conversan en alta voz y para ser oídos.

«Los oíréis hablar con mucha énfasis del racionalismo.

«De principios políticos y otras yerbas.

«Disparates.

«¿Que entienden por racionalismo?

«¿Mofarse de las ceremonias que presencian en el Templo el día Domingo cuando van a hacer quinos a su dragón.

«Que entienden por principios, por libertad y por todas esas palabras, que en su ignorancia repiten inconscientemente a cada instante?

«El derecho de cometer pillerías y toda clase de excesos.»

La *Colonia Española* conviene con *El Diario del Comercio* y aun dice que se lo tenía sabido el que la creación de los *Montes de Piedad* debe ser puramente municipal. «Pero qué Municipalidad tenemos que no sea un simulacro de ella, dice, y que no sea una sumisa esclava del Ejecutivo? Lo que conviene es que se mitigue el hambre, que se dé pan al pobre y se ponga coto a la usura.
—Después de recorrer lo que son los demás órganos de la prensa si se exceptúan *La Nación* y *El Ferro-Carril*, modelos de honorabilidad, todos no valen dos cominos comparados con estos para *La Colonia Española*. Y con el fin de probarlo y convencer de esta verdad, aconseja que se lea la colección de *El Ferro-Carril* para verse como alababa a los hombres caídos y cómo a los entronizados.

Dice que para ese diario todos los ministros y magistrados son simpáticos, populares, patriotas, invictos, heroicos, sublimes.—*De La Nación* dice que ha probado su pundonor, su constancia la unidad de su personal su gran circulación y alejamiento del poder etc. etc.

Con tanta alabanza ambos colegas deben estar casquiuvaros....

La *France* estraña que el Senado hubiese nombrado en su última sesión una vez mas a D. Francisco Vidal Presidente de la República de hecho y por delegación y vice-presidente de ella misma por derecho.

Dice que ello no debía suceder y que los senadores han dado un sentido caprichoso al art. 77 de la Constitución acumulando dos mandatos que los constituyentes quisieron separar en absoluto. Cita el texto y lo interpreta.

A Patria da un grito de alarma tal, que pueda oírse en la Corte de San Cristóbal.

Los preparativos de guerra de la República Argentina, supone no son hechos en prevision de una guerra con Chile, sino con intención de anexarse al Paraguay. Aconseja al Gobierno imperial que este en pie de guerra y listo para entrar en acción.

Francamente, nos parecen velorios los del estimable colega.
—Reproduce el artículo de *La Colonia* sobre libertad de escribir.

L'Era Italiana dedica un artículo a la memoria del finado redactor de *L'Italia Nuova*, a quien vivamente deseamos que la tierra le sea leve, no obstante el abismo de ideas que en vida de él nos separaba.

—El segundo viene mal asociado con el primero: habla del Carnaval. Aunque bien visto, no nos asiste razón, pues describe la tristeza de estas fiestas, que, mas que tales, eran funerales y enterrios de carnaval.

La España pide que se publiquen las actas de las sesiones municipales en que se trata de la cuestión con la Compañía de Gas, como antecedente del nuevo ar-

reglo a que se dice haberse arribado y que el público necesita conocer.

—Discurriendo sobre las probabilidades de un conflicto argentino, dice así.

«La industria y la agricultura, que iban tomando allí gran importancia, quedarán atrasadas por largos años si resuena por las ciudades y campos de la República el feroz alarido de las revueltas; la gran fiesta de la paz, la solemne Exposición anunciada para celebrar el centenario de la fundación de Buenos Aires, quedará olvidada, para atender a la obra de la devastación y el encono: los ecos armónicos del himno de la civilización y el progreso, morirán apagados por el estruendo del cañón, y el bárbaro redoblar de los tambores y las brisas del Plata, en vez de elocuentes discursos é inspiradas orillas, solo nos traen de la opuesta orilla, el rugido feroz del vencedor, y el yal doloroso de los vencidos.»

Parace que el estimable colega, aunque en sentido distinto, hubiese escrito lo anterior después de leer aquella silva de Fr. Luis de Leon.

«Acude, corre, vuela, Traspasa la alta sierra, Ocupa el llano, etc.

Pues aquello del tambor el *rataplan* y el *retintín* del clarín todo demas, es un poco, algo, así, como, parecido, en fin, a versos en prosa y a los volidos de las musas....

La *Tribuna Popular* está mas convencida cada momento que su situación económica lo tiene el país lucido. Entre tanto dice que el Ministro de Hacienda no paga ha dos meses sus sueldos a los empleados por que el dinero lo destina al pago de las liquidaciones anteriores al 15 de Febrero, siendo que están ya en manos agenas, terminando por recordarle que se dedique a algo importante y no se limite a medidas como la de la nueva Oficina de Control.

Discute *El Ferro-Carril* con *El Diario del Comercio* sobre el mismo tema que el diario anterior; le reprueba sus exajeraciones y su propaganda opositora, le declara *guaranguero* de conventillo y le dice que con datos estadísticos le probará los adelantos del comercio.

El Telégrafo Marítimo diserta sobre la propiedad Rural.

Los criterios

«Llena de la mas suave caridad, la Iglesia Católica desea que todo el mundo guste los frutos preciosos de su paz, a ejemplo de su divino Autor, mientras permanece firme defendiendo constantemente los sacrosantos fueros de la justicia y de la verdad, sin ceder ni a los halagos, ni a las amenazas de nadie, corre cual madre amorosa en busca de sus hijos extraviados, y ofrece sus dones de salud aun a sus propios enemigos...
«Compadeciéndose a los que erran, y ansiando vivamente hacerlos partícipes de los bienes rescatados en la tierra del Redentor, los abrimos los brazos con apostólica caridad.»

Tras estas recientes palabras del Vicario de Cristo, léanse otras tan que se felicita de la unánime reverencia con que los Obispos, el Clero y el pueblo de todo el orbe católico han recibido la palabra profética que poco ha (en la Enciclica *Aeterni Patris*) recomendaba como sustancia y norma de la enseñanza en toda escuela la Filosofía cristiana.

Esos párrafos contienen, a nuestro entender, un resumen del programa, ó sea, permítasenos la frase, del pliego de condiciones publicados por la Santa Sede para conocimiento y regla de los gobiernos y de los pueblos que quieran reconciliarse con la Iglesia de Cristo. Cuantos desearan, pues, sinceramente esta reconciliación, deben comenzar por reconocer íntegramente «los sacrosantos fueros de la verdad y de la justicia», y por sí, de buena ó de mala fé, dudaran algunos del propósito concreto a que se refiere esta frase genérica, cuida su autor de explicárselo en el siguiente pasaje: «Nos, que por secreto arcano de la Providencia hemos sido llamados al gobierno de toda la familia cristiana, velaremos cada día más solícitamente y mediante la divina gracia, por la defensa y tutela de los derechos temporales y espirituales de la Iglesia y de la Romana Sede, a cuyo servicio hemos consagrado nuestras pobres fuerzas, y aun la misma vida.

La mera estructura de este pasaje dice bien a las claras que todo él, va con esos «chifos extraviados» a quienes por cierto menciona el Papa en su párrafo inmediatamente anterior, dando así a entender que con ellos en efecto habla. Pero no nos claramente les insinúa que si quieren ser creídos en sus protestas de paz y de amistad, si de veras se proponen tratar sobre firme base con la Santa Sede, ésta les dicta como requisito indispensable, como condición sine qua non, que no han de hacer caso omiso de los derechos temporales y espirituales del que a su título de Vicario de Cristo junta el de legítimo rey de Roma.

La caridad, la prudencia y la paciencia del Papa-Rey podrá no exigir desde luego de los gobiernos promesas terminantes ó actos explictos encaminados al logro de ese fin; pero con las palabras citadas tienen los gobiernos mas que bastante para estar desde ahora mismo persuadidos de que si el Papa ni súbdito

alguno fiel de su sagrado imperio, darán valor alguno a frases vagas, por halagadoras que sean, de estas flamantes Cancillerías, tan ducas en el arte de cegar con polvos de oro a los incautos. Tengamos, pues, todos entendido para nuestro gobierno, que la primera condición de las del pliego redactado por la Santa Sede para admitir tratos formales con cualesquiera Cancillerías, es que estas hagan algo por donde claramente se infiera, ó pueda al menos tenerse como racionalmente conjeturable, que se hallan dispuestas a respetar, por de pronto, el pleno y libérrimo ejercicio de la potestad espiritual, y luego, como natural complemento y garantía de este respeto, a ver de restaurar la potestad temporal del Romano Pontífice en el modo y grado que el mismo estado cumplidores a la libertad y a la dignidad de la Iglesia.

Pero junto con esta primera é irremisible condición, tan categóricamente enunciada por Nuestro Padre Santo, bien que él, tan caritativo como prudente, [se reserve el tiempo y el modo de exigirla con apremio, parécenos entrever otra, ya no tan imperativa, bien que no menos valiosa, en la mente de Su Santidad, y la cual nosotros formularíamos así: «Príncipes de la tierra que verdaderamente deséis reconciliarnos con la verdad de Cristo y con la autoridad de su Vicario infalible: sabed que, aun dada vuestra mejor voluntad, serán estréñis cuantos pasos diereis en tan buen camino, mientras no trateis de informar el entendimiento y el corazón de vuestros pueblos con la filosofía cristiana: mejor dicho, mientras no restituyáis a la Iglesia de Cristo la plenitud del ministerio supremo que en esta obra la incumbe, como encargada que está por Dios mismo de ser maestra y educadora de todo el humano linaje.»

Esta, decimos, nos parece ser otra señal que nuestro Padre Santo nos da para que valoremos la sinceridad de las promesas elevadas hasta su trono por las Cancillerías. Y, en efecto, de tal manera la cuestión de enseñanza es importante en sí; con tal claridad se plantea ella por sí misma como nudo de todas las relaciones entre la Iglesia y el Estado, que para bien apreciar el modo y el grado en que cualquier gobierno funde o mantenga estas relaciones, no hay criterio tan seguro como examinar la legislación y el proceder de cada cual de ellos en materia de Enseñanza pública.

¿Se erige el Estado en árbitro supremo de toda especie y de todo orden de escuelas?

Pues, ora en el ejercer este arbitraje prescinda desdeñosamente de la Iglesia, ora le ejerza con deliberado y tenaz propósito de combatirla, ora, en fin, se digna admitir el concurso del ministerio eclesiástico, el Estado es reo de monopolio criminal; es usurpador de una soberanía que sólo a la Iglesia compete, y rompe con sacrilega mano el vínculo de subordinación de lo temporal a lo eterno establecido por derecho divino y natural, por ley de Dios y por la naturaleza misma de las cosas. Allí, pues, donde este desorden se produzca ó permanezca, allí está esencialmente volcado el primer fundamento del orden social; allí hay oposición sistemática a los principios de verdadera concordia entre ambas potestades, y allí por consecuencia está como preso con alfileres todo tratado de paz y amistad entre la Iglesia y el Estado.

Convenientes nos han parecido estas advertencias para que nuestros lectores habituales puedan juzgar con criterio íntimamente sano las propuestas que sin duda van a elevarse de muchas Cancillerías a la Santa Sede, y las concesiones que nuestro Padre comun estime oportuno otorgar, tanto a las que hoy tienen tratos pendientes como a las que en adelante los susciten ó muestren intención de admitirlos. La tempestad arrecia, y no poco importa a los que estamos en la orilla del golfo saber cuál de los naufragos entra con sincera y fiel gratitud en la barquilla de Pedro, y cual se agarra a la borda como pudiese a un clavo ardiendo.

Allí, repetimos, donde ó claramente se vea, ó juiciosamente pueda conjeturarse una tendencia leal en favor de los derechos temporales y espirituales de la Iglesia y de la Romana Sede, a cuya tutela y a defensa consagra el Sumo Pontífice sus fuerzas y aun su vida misma; allí, decimos, hay una señal clara de recta intención que debe despertar todas nuestras simpatías, y que legítimamente nuestras esperanzas. Pero si a esto se agrega cualquier otra señal que indique propósito de restituir a la Iglesia de Dios la plena libertad del ministerio de enseñanza y educación por derecho divino la compete ejercer soberanamente, podemos ya prometeros un principio, cuando menos, de conversión verdadera.

Y por consiguiente, allí donde a vueltas de palabras melosas y de frases vagas, sea claro que se esquivia a contraer compromiso alguno determinado, y por supuesto mucho mas, allí donde terminantemente se rehúse tratar los dos citados puntos, tengamos entendido que ni aquella pretensión ni esta negativa son efecto de prudencia política, sino inspiración, ora de odio invencible, ora infernismo escéptico para con Nuestra Santa Madre.

El entender bien, y el tener presente estos criterios, puede importar mucho, repetimos, sobre todo en momentos dados, a los hijos fieles de la Iglesia, para prevenirse contra la perpetuación de esta

ta serie de confusiones y de actitudes equívocas que tanto daño nos han hecho a todos. Nuestro Padre Santo nos ha dado la clave, por decirlo así, de esos criterios. ¡Bendita sea su prudencia!

(De *El Siglo Futuro*).

Algunas reflexiones mas sobre el duelo

Una impresión de tristeza hemos recibido, cuando, al recorrer los diarios de Buenos Aires, he dado noticia del duelo tenido entre el coronel Mansilla y el teniente coronel Gomez, apenas se concretan, conociendo el resultado, a deplorar lo acaecido!

Dos palabras energicas tiene la *Patria Argentina* cuando refiere el acompañamiento que se ha hecho al finado.

Culpa a la sociedad de que tenga por cobardo al que no acepta el duelo, pero no indica ningún remedio para esta llaga que abarca cada día mas proporciones.

No; lo que falta es una ley que haga efectivo el castigo sobre los duelistas; lo que es necesario, es encaminar a la sociedad, cuando sigue extraviada un camino que arma a cada uno con el derecho de matar a los demás, si acepta el duelo.

Lo que falta es que los hombres inteligentes, que dirigen la sociedad desde la prensa, cooperen a que se sancionen leyes que pongan un término a estos escándalos.

«Por qué no se persigue al que mata con padrinos y se encierra en la penitenciaría durante toda su vida, al que sin ellos ha muerto en lucha igual?»

Poco importa el arma con que se maten los hombres ni tampoco los padrinos que arreglen el duelo.

Lo segundo hace mas frío, mas bárbaro el hecho.

En el calor de una disputa que lleva instantáneamente a dos hombres a batirse con revolver ó cuchillo, hay una circunstancia atenuante a su favor, la impremeditación del hecho.

Sin embargo si uno de ellos muere, el otro es perseguido como asesino.

En el caso de un duelo a muerte, premeditado, preparado, con los padrinos al lado, el asesino no lleva este nombre.

Sin embargo, el segundo hecho es mucho mas grave, mucho mas bárbaro que el primero.

Porque los diaristas bonaerenses no condenan estas injusticias palpables?

Por que no amparan al que mató en el primer caso y lo presentan como un asesino?

«Porque se concretan a señalar el hecho bárbaro del segundo, como una desgracia inevitable.

No; mientras la prensa no se ponga de frente contra estas preocupaciones en este siglo de las preocupaciones contra todo, lo grande, no hemos de tener sino la fuerza, resolviendo la cuestiones mas trascendentes del país.

La verdad es que la preocupación es la que domina; preocupación es tener una religión, preocupación es inclinarse ante el Dios que nos ha creado y que nos ha redimido con su sangre. Los que envueltos en las glorias y en las miserias del mundo, no tienen aliento para elevarse de la materia, y de los gozos hasta Dios, llaman a los que poseen este noble coraje, ignorantes, incapaces de comprender cosa alguna.

Como si no fuera mas difícil remontarse, como el águila hasta las inmensas alturas que rozar el suelo como los seres mas degradados de la creación.

Es preciso, pues, combatir de frente las preocupaciones que dominan la sociedad, como esta.

Los beatos, los ultramontanos presentaron este año pasado un proyecto en este sentido, y este proyecto está en armonía con los progresos de la legislación criminal sobre el duelo.

M. Dupin, profundo jurista como que pertenece a la escuela liberal, fiscal de Francia durante muchos años, ha establecido el mismo castigo que se proponía en el proyecto presentado al Senado.

Dice así: La cuestión del duelo ha ocupado siempre un lugar muy distinguido entre las capacidades y lo ha obtenido también en la legislación. Si las leyes han sido hasta aquí impotentes para reprimirlo, es quizás por haber buscado la represión de este delito, en lo que menos tienen los duelistas en la imposición de la pena de muerte.

En efecto, si el duelista tiene por honoroso el hacer el sacrificio de su vida, si la preocupación le hace creer que perdería el honor si no la arriesgaba, si se expone a morir ó a perecer, decirle la ley de antemano: *Si te mates, si arriesgas la vida a la dicta, mereces la pena de muerte*, es amenazarlo con lo que no le arredra.

Por el contrario, si se hubieran buscado represiones morales, que pusieran en riesgo, no la vida, sino el honor y la consideración social, se hubieran obtenido mejores resultados: la ley debería hacer perder a los duelistas la estimación pública y los derechos civiles y políticos.

Colocado entonces el hombre entre una preocupación y el compromiso de una pérdida real é inevitable, no hubiera vacilado seguramente y el duelo quedaría reprimido.

El que hoy no se bate por temor de la pena de muerte, merece el castigo de muerte y esto lo compromete a la lucha: pero si el que admite un desafío ó lo provoca, quedará excluido de la participación de los derechos civiles y políticos, separado de toda función pública y privado de todas las ventajas sociales, por decidido que estuviere a arrostrar la muerte y por poco que la temiera, hallaría en su interés, en su consideración, en su porvenir y en el de toda su familia, motivos poderosos de preferir al duelo el respeto de la ley.

El desafío no es sino un acto de barbarie al que acuden los hombres, cuando las leyes son insuficientes, cuando no había tribunales bastante poderosos a contenerlo.

En los siglos caballerescos se creía llenar con la fuerza el vacío de la civilización. Es, pues, la fuerza la que decide de las cuestiones mas delicadas, de aquellas que afectan el honor y la dignidad de los ciudadanos.

En Inglaterra el duelo se castiga todavía con la pena de muerte, cuando de él ha resultado muerte uno de los combatientes. Blackstone es quien lo consigna.

En los Estados Unidos hay muchos estados, como New York, Vermont y Maine en que el homicidio perpetrado en duelo se castiga con la pena de muerte, pero en la mayor parte se castiga el duelo con una multa y prisión, mas ó menos rigurosa, atendiendo a las circunstancias.

Así, por ejemplo, en los Estados de Pensilvania, el que envía a aceptar un cartel y los que se batan en desafío, son castigados con multa de 500 dólares y prisión de uno a cuatro años con trabajos forzados. Si muere uno de los combatientes, el que sobrevive es castigado con la pena del asesinado en segundo grado, es decir, con cuatro ó doce años de prisión solitaria; en caso de reincidencia, la pena es perpetua.

Pero además, tanto en uno como en otro caso la acción del desafío lleva consigo la privación, ya absoluta, ya temporal, de los derechos políticos y la incapacidad para desempeñar funciones alguna pública.

El Código de la Luisiana de Livingston, castiga al que causa la muerte ó una herida mortal en desafío, con dos ó cuatro años de prisión y pérdida de los derechos políticos y civiles, de primera y segunda clase.

Casi todas las demás naciones del mundo castigan con penas aun mas graves el duelo.

Otra vez haremos una reseña detenida de sus disposiciones.

«Por qué nosotros nos queremos sustraer al sentimiento de todos los pueblos y dejar impune el asesinado en duelo?»

Condenemos y pongamos un término a estos escándalos diarios.

El duelo puede argüir habilidad en los duelistas, pero jamas razon, jamas justicia.

Siempre será una usurpación de los derechos sociales, un atentado, un crimen, y ya, que no con la pena de muerte, castiguémoslo con la pena de privación de los derechos civiles y políticos.

El deber de la prensa es levantarse contra esta preocupación y anonadarla con el peso de todos los anatemas.

Los que nos tildan de fanáticos, deberían ver que venimos mas alto y tenemos menos catenales, que los que nada ven, cuando se trata de la moral social y mucho menos cuando se trata de la Iglesia, que priva a los duelistas hasta de las esperanzas que hacen menos amarga y dolorosa la muerte.

(Del Eco de Córdoba.)

Seccion Oficial

Secretaría de la Universidad.

Se previene a los interesados, que los exámenes generales de estudios Preparatorios, empezarán el 20 del corriente a las 11 de la mañana.

Montevideo Febrero 16 de 1880.

El Secretario.

Correo Argentino

«Se dispuso como una nubl»

La cuestión, mejor dicho, el conflicto porfido quedó reducido a sus justos límites. La nada entre dos platos.

Y tan así, que a raíz de la tremenda conmoción, los diarios, en el espacio de 24 horas han cambiado de estilo. Antes, la semana pasada, se desprendía de sus columnas un olor a pólvora y un tufo a plomo que le hacía a uno ver si los cerrojos de su casa estaban solidamente cerrados. El hoy y ayer, ya la prensa estaba escrita con agua de rosas.

Por cima de estos temperamentos vergineños, de estos grandes caracteres, ha pasado la reflexión y probablemente algunos sorbos de Agua Melisa.

Los nervios se han aflojado y hoy si tejedistas y ruyistas se miran como perros y gatos, recuerdan sin embargo aquel cuento del valiente, que preguntando a gritos donde había otro valiente, así que le salió uno al paso, lo tomó del brazo y siguió paseando con él, en vez de pelear.

Los pocos diarios que recibimos nos dicen:

La manifestación

Nos circunscribimos a lo que hemos visto, prescindiendo de los datos que en pro y en contra se nos suministran.

La manifestación hecha ayer al Presidente se compoñía de dos mil personas reunidas.

Alternativamente entraban y salían otras en su carácter particular.

Esta manifestación importaba una congregación pública por la política asumida por el desarme en todas las Provincias.

En esta política pacífica se veía un gaje de orden público; a cuyo favor cesaría todo peligro para las libertades públicas.

De ese espíritu tan loable participa también la población extranjera, que ama la paz, y por consiguiente, fueron representados en la manifestación.

El presidente dirigió la palabra al pueblo.

Fue breve en su discurso.

Dijo, mas ó menos: que se debía darse crédito a su palabra, puesto que hablaba un Presidente que se retiraba ya de sus funciones públicas; y que había acredido la índole de sus actos.

Que cuando sometió la revolución de 1874 con mano firme, probó que llenaba un deber, sin prevención y sin snob, pues que a la victoria se siguió la clemencia y la generosidad.

Que la Constitución le impone la obligación de defenderla en donde quiera que se halle amenazada y desconocida.

Que eso es su mas supremo deber; y que lo ha de cumplir sosteniendo las instituciones y restableciendo el orden en donde quiera que sea perturbado; en cuya misión, gratas las sociedades conservadoras y al pueblo de Buenos Aires, cuenta con el concurso de todos porque esa es la causa de todos.

El pueblo saludó con calurosas simpatías esas palabras, que son en efecto la expresión de sentimiento de orden.

Un incidente muy rápido tuvo lugar en ese acto en un extremo de los núcleos.

Una voz se hizo oír con este grito «SUBLEVAOS!»

